

• LOS RELATOS QUE INSPIRARON LA SERIE DE AMAZON ORIGINAL •

MODERN LOVE

EDICIÓN
REVISADA Y
ACTUALIZADA



HISTORIAS REALES DE AMOR,
PÉRDIDA Y RECONCILIACIÓN



LO MEJOR DE LA COLUMNA "MODERN LOVE" EN THE NEW YORK TIMES

EDITADO POR **DANIEL JONES**

DIANA

EDITADO POR DANIEL JONES

MODERN LOVE

Historias reales de amor,
pérdida y reconciliación

Traducido por José Carlos Ramos

Relatos

DIANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Modern Love*

Primera edición: noviembre de 2020

© The New York Times Company, 2007, 2019

Edición por acuerdo con Broadway Books, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Los ensayos en esta obra se publicaron originalmente en la columna «Modern Love» de *The New York Times*.

© de la traducción, José Carlos Ramos, 2020

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V., 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-18118-29-6

Depósito legal: B. 14.830-2020

Fotocomposición: Toni Clapés

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Introducción de Daniel Jones 9

ALLÁ FUERA, EN ALGÚN LUGAR

Soltera, desempleada y, de pronto, yo misma	
<i>Marisa Lascher</i>	15
A ver, cariño, ese no es tu diálogo	
<i>Matteson Perry</i>	21
Parecía intrépida y dispuesta, incluso ante mis ojos	
<i>Mindy Hung</i>	27
En el hospital, un interludio de claridad	
<i>Brian Gittis</i>	33
Las cinco etapas del duelo por <i>ghosting</i>	
<i>Rachel Fields</i>	39
A la miseria también le encanta el pollo frito	
<i>Mark McDevitt</i>	45
Sí, se parecía a papá. Pero fue solo una cena, ¿no?	
<i>Abby Sher</i>	51
¿No? ¿No? ¿No? Déjame leer entre líneas	
<i>Steve Friedman</i>	57
En una noche de sexo casual, mensajes importantes se quedan sin responder	
<i>Andrew Rannells</i>	63
Para un revolcón óptimo, por favor, sé sincero, ¿de acuerdo?	
<i>Gabrielle Ulubay</i>	69

CREO QUE TE QUIERO

Cuando Cupido es una periodista curiosa	
<i>Deborah Copaken</i>	77
Durmiendo con el guitarrista	
<i>Jean Hanff Korelitz</i>	83
Si escuchas la marcha nupcial lo suficiente, terminas por caminar al ritmo	
<i>Larry Smith</i>	89
La carrera es mucho más dulce en la última vuelta	
<i>Eve Pell</i>	95
¿Amar y haber perdido? Está bien, sobre todo si ganas	
<i>Veronica Chambers</i>	101
Soltera, pero rodeada por un muro de hombres	
<i>Susan M. Gelles</i>	107
Cuando Eva y Eva mordieron la manzana	
<i>Kristen Scharold</i>	113
¿Puede mi corazón escapar de su perseguidora?	
<i>Gary Presley</i>	119
Perdida y locamente culpable	
<i>Ayelet Waldman</i>	125
¿Quién es la señora en tu cuarto, papi?	
<i>Trey Ellis</i>	131
Tal vez quieras casarte con mi marido	
<i>Amy Krouse Rosenthal</i>	137

AGARRARSE EN LAS CURVAS

Un cuerpo herido, un matrimonio sanado	
<i>Autumn Stephens</i>	145
La mamá vagabunda de DJ	
<i>Dan Savage</i>	151
Ahora necesito un lugar donde ocultarme	
<i>Ann Hood</i>	159
Solo nos agarramos en las curvas	
<i>Cris Beam</i>	165
Compitiendo para que el juego continúe	
<i>Ann Leary</i>	171

Libre de su efecto	
<i>Kevin Cabillane</i>	177
El pollo entró en el horno, mi esposo salió por la puerta	
<i>Theo Pauline Nestor</i>	183
Acéptame como soy, sea quien sea	
<i>Terri Cheney</i>	189
Adolescencia sin guía	
<i>Claire Scovell LaZebnik</i>	195
Mi esposo ahora es mi esposa	
<i>Diane Daniel</i>	201

COSAS DE FAMILIA

Algo parecido a la maternidad	
<i>Carolyn Megan</i>	209
Primero conocí a mis hijos, luego a mi novia.	
Están emparentados	
<i>Aaron Long</i>	215
Cuando Don Responsable se convierte en	
Don Dependiente	
<i>Katherine Tanney</i>	221
Mi primera lección de maternidad	
<i>Elizabeth Fitzsimons</i>	227
Dos hombres, un bebé en camino y yo	
<i>Rebecca Eckler</i>	235
Cuando tu madre tiene sospechas... y razón	
<i>Liza Monroy</i>	241
Dos diciembres: pérdida y redención	
<i>Anne Marie Feld</i>	247
Más allá del divorcio, más allá de la muerte, una promesa cumplida	
<i>Jennifer Just</i>	255
La tercera mitad de una pareja	
<i>Howie Kahn</i>	261
Lo di en adopción cuando tenía dieciséis años. ¿Podríamos intentarlo de nuevo?	
<i>Meredith Hall</i>	267

Cuando el portero cuida algo más que la portería	
<i>Julie Margaret Hogben</i>	275
<i>Permisos</i>	281
<i>Agradecimientos</i>	283

SOLTERA, DESEMPLEADA Y, DE PRONTO, YO MISMA

MARISA LASCHER

Tenía treinta y siete años y estaba soltera, desempleada y deprimida porque en un par de meses tendría que dejar mi pequeño estudio en la calle 23 Este en Manhattan para mudarme a casa de mi madre en Sheepshead Bay, Brooklyn. Desde que había aceptado la rescisión de contrato del despacho en el que trabajaba en Wall Street, me había dedicado solo a dos actividades: buscar un nuevo empleo y hacer ejercicio. Y pasaba mucho tiempo en mi apartamento.

Lo mismo hacían los tres recién graduados del piso contiguo. Durante sus fiestas de fin de semana, un fuerte bajo penetraba nuestro muro compartido a partir de las 22.30. Con una sudadera, sin maquillaje y con el cabello recogido en un moño mal hecho, salía y llamaba a la puerta alrededor de las 23.00 (temprano, incluso para mis estándares geriátricos) para pedirles que bajaran el volumen.

Uno de ellos aparecía, borracho y molesto, y prometía bajarlo. Por lo general lo hacían. Cuando no era así, llamaba al portero, a la casera y, una vez, a la policía. Pero el ruido continuaba.

Mi edificio de la calle 23 estaba cerca de tres universidades. Cuando firmé el contrato, no me di cuenta de la cantidad de inquilinos universitarios que había en el lugar ni de que, como era de esperar, adorarían las fiestas. Sin embargo, esa fue la época menos

social de mi vida. La mayoría de mis amigos estaban casados. No tenía ingresos y mi alquiler era de casi tres mil dólares mensuales. Y no estaba saliendo con nadie porque no había descifrado cómo darle un giro positivo a mi historia de desempleo.

Una tarde, en el ascensor, vi a uno de los chicos de al lado, con tejanos y una camiseta. Tenía el pelo negro y empezaba a tener entradas.

—¿Siempre estás aquí durante el día? —me preguntó.

—Los últimos meses, sí —dije—. Estoy buscando trabajo.

—Yo también —dijo—. Estoy en el último año de Derecho.

—Nunca dejes un trabajo antes de tener otro —le dije. La gente me lo había advertido, pero hasta que no lo hice no entendí cuánta razón tenían—. Voy a mudarme, así que podréis tener la música alta toda la noche. Ya se va la vieja gruñona —dije cuando nos acercábamos a nuestras puertas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ya no puedo pagar el alquiler. Así que me mudaré a Brooklyn con mi madre.

—Vaya mierda —dijo, y luego agregó—: La música no es mía. Son mis compañeros.

Tenía sentido. Él era siempre el más amable y el que se mostraba más arrepentido cuando me enfadaba.

—¿Cuántos años tenéis? —pregunté—. ¿Unos veintitrés?

—Sí, eh, yo tengo veintitrés —dijo él.

—Yo treinta y siete. Así que espero que vuestro próximo vecino sea más joven.

—Nunca hubiera dicho que tuvieras treinta y siete —me dijo—. Pensé que tenías como veintiséis.

¿Estaba coqueteando conmigo? Yo aparentaba la misma edad que el resto de mis amigas; tal vez el contexto de dormitorio universitario lo había confundido. Esa misma tarde volvimos a encontrarnos. Iba vestido de traje y se dirigía a una entrevista de trabajo. Le deseé suerte.

Dos semanas después, mi amiga Diana y yo estábamos en un bar cercano, bebiendo vodka con soda y mirando su perfil de Tinder, cuando en la pantalla apareció mi vecino de veintitrés años.

—¡Dale *like*! —le dije—. Dile que estás conmigo.

Le dio *like*, hicieron *match* y le dijo que estaba conmigo. Yo me sumé con un mensaje, orgullosa de haber salido en sábado. Aquello era una prueba de que yo también era divertida. Nos enviamos mensajes; él iba camino a casa. Cuando le pregunté si quería reunirse con nosotras en mi piso, dijo que sí.

Veinte minutos después, Diana y yo llegamos al apartamento, y él se presentó con una botella de vodka y latas de Coca-Cola Light.

Al poco tiempo se estaba riendo y decía:

—Mis compañeros no te soportan. Y a mí me confundía mucho pensar por qué le molestaban tanto nuestras fiestas a alguien de veintiséis años. Creí que simplemente eras un alma vieja.

Diana y yo bailamos *Jump* de las Pointer Sisters, canción que él no reconoció. Antes de irse, a las cuatro de la mañana, Diana me susurró:

—Le gustas. Aprovecha.

Protesté en voz baja, insistí en que era demasiado joven. Sin embargo, al parecer la tensión vecinal se había acumulado, porque nos comenzamos a besar en cuanto Diana se fue.

Cuando nos despertamos, con resaca, unas horas después, le rogué que no se lo contara a sus compañeros. Estaba avergonzada por mi transformación de tirana decibélica a Mrs. Robinson.

«¿Qué acaba de pasar?», gritaba mi embotado cerebro.

Sin embargo, no voy a mentir: aquello también alimentó mi ego. Tal vez no tuviera trabajo, esposo o novio, pero por lo menos podía atraer a un adorable joven de veintitrés años.

Durante las semanas siguientes nos escribimos mensajes con frecuencia y nos reunimos para conversar sobre nuestras citas y búsquedas de empleo, y para enrollarnos. Cuando le pregunté si parecía mayor, respondió:

—La verdad es que no. Sobre todo, porque no estás trabajando y estás aquí casi todo el tiempo.

—Cuando acabé el instituto tú tenías cuatro años —dije.

Un domingo, a las cinco de la mañana, tuvo el placer de despertar en mi cama con una versión etílica de *Oops!... I Did It Again*, cortesía de sus compañeros de piso.

—Qué horror —gritó, cubriéndose la cabeza con mi almohada.

—Es venganza —le dije—. Ahora me entiendes.

Con él, mi habitual ansiedad romántica desaparecía. En vez de proyectar mis inseguridades en él y preguntarme si yo era suficiente, simplemente me divertía, porque sabía que la diferencia de edad hacía que cualquier futuro fuera imposible. Y me iba a mudar pronto.

No es que mi cerebro estuviera libre de preocupaciones. Me preocupaba que la gente pensara que éramos ridículos. Pero cuando se lo conté a mis amigas que tenían pareja, dijeron que estaba viviendo una fantasía.

—Por lo menos te estás divirtiendo —dijo una amiga que estaba a punto de divorciarse—. Ninguna de nosotras se está divirtiendo. Al final, yo ni siquiera quería tocar a mi marido.

Aun así, la brecha entre mi nuevo amigo y yo nunca fue tan evidente como cuando dijo:

—Tener citas es divertido. Puedo conocer a mucha gente.

Para mí, salir y tener citas era tan divertido como buscar trabajo. Y eso era así porque me enfrentaba a ambos retos de la misma manera: con una estrategia, hojas de cálculo y una enorme ansiedad por poner mi mejor cara y ocultar mis debilidades. Con él, sin embargo, no me preocupaba por nada de eso.

Cuando él admitió que no tenía ni idea de lo que hacía con las mujeres e improvisaba sobre la marcha, le aseguré que eso no cambiaría: nadie sabe lo que está haciendo.

Nuestros intercambios honestos eran refrescantes. Los hombres de mi edad disfrazaban sus inseguridades con arrogancia. A la hora

de conocerme, uno de ellos alardeó de la cantidad de parejas sexuales que había tenido. Otro, en la segunda cita, me advirtió que su «gran tamaño» había provocado el fin de varias de sus relaciones. ¡Qué considerado! ¡Gracias por avisar!

Ante una perspectiva romántica apropiada, siempre había intentado ser demasiado perfecta y cautelosa ante los hombres. Al igual que ellos, desplegaba historias para transmitir una falsa seguridad. Pero con mi vecino podía exteriorizar lo difícil que había sido el último año y lo mucho que me preocupaba encontrar trabajo y pareja. Sin nada en juego, podía mostrar una vulnerabilidad encantadora.

Una tarde, mientras estábamos acurrucados en mi apartamento y yo parlotaba sobre mis problemas con los hombres y mis miedos profesionales, él me dijo:

—Nos obsesionamos tanto con el trabajo que queremos o con la persona con quien estamos saliendo porque creemos que no va a haber otra. Pero siempre hay otra.

En ese momento pensé que tenía mucha razón. Era sabio, incluso. Pero es mucho más fácil tener esa actitud con respecto al trabajo o al amor a los veintitrés años que a los treinta y siete.

Entonces, una noche en la que llegué a casa un poco demasiado ebria, me lo encontré en el pasillo. Él solía ser quien decidía cuándo nos veíamos, así que me quejé y le dije que no me parecía justo que todo lo hiciéramos según sus condiciones. Lo estaba presionando; estaba volviendo a mis peores hábitos románticos. Él huyó a su apartamento.

Al día siguiente me escribió: «Tal vez deberíamos relajarnos un poco con esto. Has sido buena amiga... pero lo hemos complicado un poco, jaja».

Sabía que aquel «jaja» no era más que su estrategia *millennial* para mantener las cosas casuales. Pero la cuestión es esta: en nuestra relación «casual» me había dejado conocer por completo; había mostrado todas mis imperfecciones, algo que normalmente no

hago. Con él había sido mi yo más auténtico, y eso fue una revelación.

Pero también un dilema. Porque parece que no logro ser mi yo verdadero cuando busco el amor, cuando lo único en lo que pienso es en el futuro. Creemos que, para quedarnos con la persona (o el trabajo, de hecho), debemos ser la versión más perfecta de nosotros mismos. Cuando el corazón está en juego, la vulnerabilidad nos puede parecer imposible.

Un año después, al fin logré ser lo suficientemente perfecta para conseguir un trabajo. Y sigo esforzándome para permitirme ser lo suficientemente imperfecta para encontrar el amor.

MARISA LASCHER vive en Manhattan y está a la vanguardia en el diseño de enfoques basados en la empatía para fortalecer la cultura organizacional y el desempeño de los empleados.

Este ensayo se publicó en octubre de 2017.